

Todo era movimiento y actividad en los puntos ocupados por las fuerzas independientes. El caudillo del Sur veía aumentar sus fuerzas diariamente, y su poder se iba extendiendo rápidamente por todas las rancherías y pueblos comarcanos. Oajaca y Orizaba seguían en jaque, y Puebla y Méjico se hallaban sin comunicacion con Veracruz, sin que en la capital se hubiese recibido noticia ninguna de este puerto, desde que el brigadier D. Ciriaco de Llano salió de él con el convoy en los primeros días de Agosto. Esta dificultad en las comunicaciones de unas ciudades á otras, tenía en sobresalto al Gobierno, que ignoraba los acontecimientos que se verificaban. La escasez de harinas se había hecho excesiva en Veracruz, á causa de las multiplicadas partidas de independientes que invadían los caminos, impidiendo el paso á todos los artículos de comercio con aquel puerto. Con objeto de remediar esa terrible escasez de harinas y de enviar al mismo tiempo á Méjico la correspondencia que se había recibido de España, dispuso el gobernador Dávila, de acuerdo con el comercio de la ciudad, que marchasen á Puebla trescientos infantes del regimiento de Campeche, setenta soldados de caballería y tres cañoncitos de mon-

1812. taña. El mando de esta corta fuerza se le dió
Agosto. á D. Juan Labaqui, capitán de una compañía de voluntarios de Veracruz, que, aunque no seguía la carrera de las armas, era considerado como conocedor del arte de la guerra por haberse hallado en España entre las tropas que en 1793 hicieron la campaña contra Napoleón. Tomó Labaqui el camino de Orizaba, y en su marcha tuvo diversos encuentros con las fuerzas indepen-

dientes en que salió triunfante. Siguiendo en buen orden sus jornadas, pasó sin encontrar obstáculo las cumbres de Aculeingo, que eran las más peligrosas, y llegando á la hermosa llanura que se extiende hasta Puebla, se detuvo á dar descanso á su tropa en el pueblo de San Agustín del Palmar, distante diez y nueve leguas de aquella ciudad. Morelos tuvo bien pronto aviso de que Labaqui se hallaba en la población referida, y habiéndole manifestado D. Antonio Sesma que sería ignominioso para las armas independientes permitir que pasase aquella corta fuerza realista sin ser atacada, resolvió enviar una división para batirla. El hombre que eligió para batir á Labaqui fué D. Nicolás Bravo, á quien Morelos nombró en Tehuacan general en jefe de las fuerzas que operaban por la provincia de Veracruz. Era D. Nicolás Bravo jóven de gallarda presencia, de nobles y humanitarios sentimientos, valiente, hijo de D. Leonardo Bravo que después del sitio de Cuautla en que acompañó á Morelos fué hecho prisionero en la hacienda de San Gabriel por los dependientes de D. Gabriel Yermo y conducido á Méjico por Calleja, como queda referido. D. Nicolás Bravo, obedeciendo la orden de Morelos, salió inmediatamente de Tehuacan con objeto de presentarse en San Agustín del Palmar antes de que el jefe realista tuviese noticia de su movimiento. Le acompañaban en la expedición, D. Pablo Galiana y D. Ramon Sesma, hijo de Don Antonio, á quienes se agregaron Arroyo con su guerrilla de caballería, y el Bendito con su partida. Entre las tropas que formaban la expedición, se encontraban doscientos negros de la costa, gente de notable valor, de que se

valia D. Nicolás Bravo en las circunstancias de mas empeño. El total de la fuerza ascendia á seiscientos hombres (1). La division salió de Tehuacan á las nueve de la noche, y caminando sin descanso en toda ella, se halló al amanecer del siguiente dia en las inmediaciones de San Agustín del Palmar. El jefe realista D. Juan Labaqui, al ver las fuerzas independientes que se dirigian á la poblacion, no tuvo tiempo para situarse en el cerrito del Calvario, que era el punto mas conveniente, por haberse apoderado ya de él los insurrectos, y se fortificó á toda prisa en tres casas de la calle principal. D. Nicolás Bra-

1812. vo, que habia dejado al guerrillero Arroyo
Agosto. con su partida en la cañada de Iztapa para impedir que le llegase á Labaqui socorro ninguno de Orizaba, rompió inmediatamente el fuego sobre las fuerzas realistas, desde las casas situadas enfrente á los tres edificios en que se habian fortificado. Despues de una tenaz y prolongada resistencia, las tropas de Labaqui fueron desalojadas de dos de sus puntos, y se reconcentraron en el único edificio que les quedaba. La lucha siguió con notable ardor de una y otra parte. Cuarenta y ocho horas llevaban de combate y aun seguian los realistas defendiéndose con heroicidad, no obstante verse reducidos á una sola casa y cercados por todas partes de contrarios. Los independientes, resueltos á rendir á sus contrarios, se arrojaron sobre ellos al arma blanca, guiados por el capitan Palma, negro de la costa, que fué el primero que penetró por la puerta del edificio, siguién-

(1) Morelos lo dice así en sus declaraciones.

dole de cerca los suyos, no obstante el vivo fuego hecho por los realistas con un cañoncito situado en ella. Don Juan Labaqui, que era hombre de notable valor, salió al encuentro de los que penetraron en el edificio, para impedirles el paso. En aquellos momentos en que con extraordinario brío combatia alentando á sus soldados, cayó á tierra muerto, dividida la cabeza en dos partes por un machetazo que sobre él descargó el negro capitan Palma (1). Otro de los oficiales realistas que á su lado combatia, perdió la vida de igual manera y á manos del mismo capitan Palma. Viéndose los asaltados sin jefe y sin esperanza, colocaron en la punta de la bayoneta de un fusil un pañuelo blanco, á cuya señal de rendicion cesó inmediatamente el fuego. Pocos instantes despues los realistas se entregaron á discrecion, habiendo sufrido durante el combate la pérdida de cuarenta y ocho hombres muertos y un número considerable de heridos. Las bajas que tuvieron los independientes fueron menores. Este triunfo alcanzado por D. Nicolás Bravo el 20 de Agosto, fué completo. Tres cañones, trescientos fusiles, las pocas municiones que aun tenian, pues en el acto de rendirse habian arrojado dos cajones de ellas á un pozo, toda la correspondencia de España y doscientos prisioneros, fueron los resultados de la victoria conseguida (2).

(1) Don Carlos María de Bustamante elogia el valor de Labaqui, diciendo «que murió mostrando un brío extraordinario».

(2) Algunos escritores, entre ellos D. José María Luis Mora en su obra *Méjico y sus revoluciones*, dan á las tropas realistas el nombre de «tropas españolas», de donde resulta una oscuridad para el lector, que sin duda creará que todo el ejército que combatia á los independientes se componia de solda-

1812. El jefe vencedor envió los prisioneros á Setiembre. la provincia de Veracruz, y él regresó con todos sus heridos á Tehuacan á dar cuenta á Morelos del hecho de armas que acababa de verificarse, y presentó al caudillo del Sur la espada del capitán realista Labaqui. Morelos le felicitó por su victoria y le dijo que iba á ofrecer al virey por la vida de su padre D. Leonardo Bravo, que, como he dicho, fué aprehendido en la hacienda de San Gabriel, ochocientos españoles prisioneros que tenia en su poder, de cuyo resultado le avisaria. D. Nicolás Bravo salió pocos momentos despues de esta conversacion de Tehuacan para la provincia de Veracruz, y cinco dias

dos peninsulares, cuando éstos en realidad eran muy pocos y componian batallones separados que se denominaban «expedicionarios». No eran tropas españolas, aunque combatian por la causa de España, pues no deseaban separarse de ella, las fuerzas que en número de seis mil hombres alcanzaron en el puente de Calderon la victoria contra noventa y tres mil que tenia el cura Hidalgo: ambos ejércitos contendientes se componian de mejicanos, excepto el general en jefe y algunos otros oficiales que figuraban en el realista. Si esa victoria la hubieran alcanzado los franceses, los ingleses ó los soldados de cualquiera nacion extranjera contra un país enemigo, sus soldados hubieran conquistado una reputacion imperecedera de valientes en grado heróico. Justo es, pues, que un hecho que se hubiera tenido por extraordinario si otras tropas lo hubiesen realizado, redunde en gloria de los soldados de Méjico, que así probaron que, cuando han recibido la instruccion militar necesaria y están dirigidos por jefes entendidos, son capaces de ejecutar cuanto pudieran hacer los mejores ejércitos. He creido de mi deber hacer esta aclaracion para que el lector haga la distincion debida, y que cuando vean en la obra de D. José María Luis Mora, *Méjico y sus revoluciones*, asentar que la expresada batalla del puente de Calderon «se decidió por tercera vez á favor de los españoles, debe entenderse por las fuerzas realistas que se componian de mejicanos adictos al gobierno español. Lo mismo se debe entender cuando dice que «la muerte de Labaqui causó gran desaliento en la fuerza española», pues la poca tropa que llevaba se componia de hijos del país.

despues derrotó cerca del puente del Rey, hoy llamado Nacional, una fuerza realista que conducia un convoy á Jalapa, haciéndola noventa prisioneros (1). Alcanzado este triunfo, D. Nicolás Bravo se dirigió á la villa de Medellin, donde estableció su cuartel general, y desde cuyo punto hostilizaba, con tres mil hombres que tenia á sus órdenes, á la ciudad de Veracruz, que se hallaba á corta distancia.

La derrota sufrida por los realistas en San Agustin del Palmar, fué completa. Ninguno de ellos pudo escaparse para llevar la noticia del suceso. El primero que tuvo noticia del descalabro sufrido por Labaqui, fué el comandante de Acatzingo D. Manuel García, por un espía de confianza que envió al sitio de la accion y que le refirió lo que habia pasado. Sobresaltado con la nueva, la comunicó inmediatamente á Castro Terreño, que tenia á

(1) Don Cárlos Maria de Bustamante, dice en su *Cuadro Histórico* que Morelos hizo fusilar en Tehuacan á 19 de los prisioneros, á pesar de los ruegos de Bravo intercediendo por ellos para salvarlos; y añade que agregó de los restantes algunos á su ejército, y que los demás los mandó á Zacatula. Igual cosa asienta D. José María Luis Mora en su obra *Méjico y sus revoluciones*, que «de los prisioneros que fueron conducidos á Tehuacan, Morelos hizo fusilar diez y nueve». Pero nada de lo dicho por los dos escritores referidos consta en la carta escrita por D. Nicolás Bravo á D. Lucas Alaman, al referirle los acontecimientos, y es de creerse que no hubiera omitido esa circunstancia notable. La justicia y la prudencia aconsejan, por lo mismo, que no se le haga aparecer al caudillo del Sur disponiendo esas ejecuciones. El mismo Bustamante, al referir el expresado hecho de armas en el *Suplemento á los Tres Siglos de Méjico*, acontecido en San Agustin del Palmar, dice que «sin embargo de la capitulacion, fueron diez y nueve fusilados, tal vez porque se hallaban culpados é indignos de la capitulacion». Repito que nada de esto dice en su carta D. Nicolás Bravo, y por lo mismo es de creerse que el historiador no recibió exactos informes. El lector puede ver la carta del general Bravo en el Apéndice de este tomo, bajo el n.º 6.

su mando la provincia de Puebla, manifestándole que temia verse él mismo atacado en el punto que ocupaba.

El triunfo alcanzado por las armas independientes sobre Labaqui; la derrota sufrida por los capitanes realistas Añorve y Cerro cerca de Citlala; la victoria obtenida por Morelos sobre Regules, destrozándole y salvando á la guarnicion de Huajuapan, y el golpe dado en el puente del Rey por D. Nicolás Bravo á las tropas que conducian el convoy á Jalapa, hicieron concebir lisonjeras esperanzas á los adictos á la revolucion, de que pronto se daría feliz cima á la empresa de la independendencia.

El virey Venegas, alarmado por los triunfos conseguidos por Morelos, comprendió que habia cometido un error en no haber destinado fuerzas que se hubiesen ocupado en su persecucion desde que abandonó Cuautla, y meditaba los medios que debia poner en planta para atajarle en su tercera campaña. Cuando se hallaba entregado á este pensamiento, recibió del caudillo del Sur la proposicion de dar ochocientos prisioneros por la vida de D. Leonardo Bravo. Desde que fué conducido á Méjico el jefe independiente aprehendido en la hacienda de San Gabriel por los dependientes de Yermo, fué juzgado en consejo de guerra, así como D. José María Piedras y D. Luciano Perez que iban en su compañía. Condenados á la pena capital, mandó el virey suspender la ejecucion,

1812. por habersele ofrecido la vida á D. Leonardo Setiembre. Bravo, si hacia que se presentasen á indulto sus hermanos y su hijo D. Nicolás. Mucho deseaba éste salvar la existencia de su padre, y Morelos le autorizó para que aceptase la propuesta de Venegas; pero un he-

cho reciente le hizo temer que fuese un lazo el que se le tendia, y no se presentó, á pesar de que hubiera dado la vida por salvar la del hombre á quien debia la existencia. La causa de ese temor nacia de un hecho reprochable, cometido por un oficial realista, que refiere el mismo D. Nicolás Bravo en la carta de que he hecho mencion varias veces. Hé aquí las palabras con que expresa ese acontecimiento que le hizo dudar de que fuese sincero el ofrecimiento que se le hacia de salvar á su padre si se acogia al indulto. «Efectivamente: dije en la causa que se me formó en Cuernavaca, que el virey Venegas me ofrecia amnistia y la vida de mi padre si me presentaba, y que no lo verifiqué por el ejemplar muy reciente que tenia presente de la muerte de los Orduñas en Tepecuacuilco. Estos Orduñas eran dos hermanos, D. Juan y D. Rafael, sugetos propietarios y del mayor influjo en aquel pueblo, y cuando el Sr. Andrade entró en él con quinientos hombres, despues de tres dias que lo habian desocupado los insurgentes, los Orduñas, sin embargo de no haber tomado partido, se retiraron á sus inmediaciones por temor seguramente de algun ultraje de las tropas, y en seguida una partida de éstas se dirigió al rancho (1) de D. Rafael Orduña y lo apresó en su misma casa, conduciéndole de este modo á Tepecuacuilco, donde dispuso Andrade encapillararlo inmediatamente, y al mismo tiempo mandó decir á Juan Orduña, que si no venia á presentarse, fusilaria á su hermano al dia siguiente; éste, tanto porque no habia tomado partido

(1) Hacienda pequeña de campo.

con los insurgentes, cuanto por libertar á su hermano, marchó de su rancho á presentarse al Sr. Andrade, quien luego que lo verificó, mandó ponerlo en capilla con su hermano, y el dia siguiente fueron fusilados los dos. Este hecho escandaloso casi lo presencié con mi padre, porque nos hallábamos entonces en Iguala, distante un poco mas de una legua de Tepecuacuilco. Nadie podrá dudar que yo estaba dispuesto á hacer cualquiera sacrificio por la vida de mi padre en su prision, y mas teniendo como tenia permiso de Morelos para hacerlo; pero este hecho bárbaro me horrorizó de tal manera, que me hizo desistir de libertarlo por el medio que me propuso el virey Venegas.»

1812. Aunque el virey ignoraba que la muerte dada á los Orduñas por Andrade habia sido injusta, ni puso ninguno en conocimiento de él esos detalles que solo conocian algunos vecinos del aislado y lejano pueblo en que se verificó la triste escena, no le constaba esto á D. Nicolás Bravo, y recelando que fuese un lazo que se le tendía, no se resolvió á acogerse al indulto. Viendo el virey desechada la proposicion, y no habiendo admitido él la que le hizo Morelos, D. Leonardo Bravo con sus dos compañeros D. José María Piedras y D. Luciano Perez, aprehendidos con él, sufrieron la muerte de garrote el dia 13 de Setiembre, en el sitio llamado el «Egido». D. Leonardo demostró en sus últimos momentos la misma entereza y valor que habia manifestado siempre en campaña, especialmente en el sitio de Cuautla. Era hombre de excelentes cualidades, sincero patricio y de una honradez á toda prueba; pero por

desgracia, en aquella lucha tenaz en que las pasiones de partido ciegan algunas veces á los individuos mas recomendables, no siempre estuvo exento de la fria crueldad que jamás debiera tener cabida en el corazon humano (1). Hecha la independenciam, se dispuso que se levantase un monumento que perpetuase la memoria de D. Leonardo Bravo, en el mismo sitio en que fué ejecutado; pero la disposicion no llegó á ponerse en planta.

El caudillo del Sur D. José María Morelos, que continuaba en Tehuacan, escribió á D. Nicolás Bravo, que habia situado, como he dicho, su cuartel general en Medellín, á corta distancia de Veracruz, comunicándole la triste noticia de la muerte de su padre. Le ordenaba al mismo tiempo, que mandase pasar á cuchillo á todos los prisioneros españoles que tuviese en su poder, manifestándole que ya habia dado orden de que hicieran lo mismo con cuatrocientos que habia en Zacatula y otros puntos (2). Esta comunicacion la recibió D. Nicolás Bravo á las cuatro de la tarde. Sorprendido por la fatal nueva de la muerte de su padre, mandó que en el acto

(1) Don Lucas Alaman, despues de elogiar las buenas cualidades que adornaban á D. Leonardo Bravo, dice que no pudo librarse en alguno de sus actos de obrar con fria crueldad, y refiere en una nota del t. III, pág. 260, el siguiente hecho suyo. «Entre las personas á quienes mandó quitar la vida y saquear su casa, dejando arruinada á su familia, no obstante ser su compadre y tener relaciones de amistad con él, fué D. Joaquin Sanchez Munive, europeo respetable, vecino de Chilpancingo y padre del estimable sugeto del mismo nombre, que es actualmente uno de los principales vecinos de Yauhtepec.» Esto lo decia Alaman en 1850, cuando vivian muchos de los que presenciaron los hechos.

(2) Véase la carta de D. Nicolás Bravo en el Apéndice, bajo el n.º 6.

se pusiese en capilla á cerca de trescientos españoles que tenia en su poder, dando orden al capellan Sotomayor para que les dispusiese cristianamente, pues debian ser fusilados al siguiente dia. Mientras el ministro del altar se ocupaba en dar los auxilios espirituales á los desgraciados á quienes se destinaba á la muerte, Don Nicolás Bravo se retiró á una pieza de su casa para llorar la pérdida del autor de sus dias. Llegada la noche, no pudo dormir un solo instante. Dotado de un corazon noble y benévolo, le oprimia la pena del fin lamentable de su padre, y pensaba en las víctimas destinadas á perecer cuando alumbrase el nuevo sol. Toda la noche la pasó, como él mismo dice, en meditar lo que debia hacer. Reflexionó que la sangre de los trescientos prisioneros que habia mandado que se dispusieran á la muerte, iba á llevar la desolacion á un número igual de familias inocentes; que con aquel hecho podia disminuir mucho el crédito de la causa que defendia, y que siguiendo una conducta mas humana que la que generalmente se observaba, los resultados serian favorables á la revolucion, cuyo prestigio anhelaba. El generoso corazon de D. Nicolás Bravo se inclinaba á no llevar adelante la orden dispuesta contra los prisioneros, y deseaba no llevarla á cabo; pero se le presentaba la dificultad, para llevar á efecto su deseo, de no poder cubrir su responsabilidad respecto de la orden que habia recibido de Morelos. En esta lucha sostenida entre sus nobles sentimientos y el deber de acatar la disposicion del general en jefe, se agitó su imaginacion hasta las cuatro de la mañana, en que se resolvió á obsequiar los primeros, aun cuando

temia que su conducta no fuera aprobada por Morelos. Reservando, sin embargo, la determinacion que habia tomado, y sin comunicar á nadie su resolucion, mandó formar la tropa con todo el aparato que se requiere para una ejecucion, y los prisioneros fueron conducidos al centro del cuadro formado por los diversos cuerpos de la division. D. Nicolás Bravo, al verles esperar la muerte, les dirigió la palabra con majestuoso continente y reposado acento. Les manifestó que su padre habia sufrido la muerte de garrote en Méjico por disposicion del virey, que habia desechado la proposicion hecha por Morelos en favor de todos los prisioneros españoles, por la vida de aquel solo; que con este hecho les habia expuesto á ser fusilados aquel mismo dia; pero que no queriendo corresponder á semejante conducta, habia dispuesto no solo el perdonarles la vida en aquel momento, sino darles una entera libertad para que marchasen á donde juzgasen conveniente. La alegría mas intensa y la sorpresa mas grata se apoderó del corazon de los prisioneros, que apenas podian dar crédito á lo que escuchaban. Llenos de gozo y de gratitud, manifestaron que se querian quedar sirviendo bajo sus órdenes, excepto cinco comerciantes de Veracruz, que, por las atenciones de sus intereses, manifestaron deseos de volver á sus casas. D. Nicolás Bravo les extendió el correspondiente pasaporte para aquel puerto, á fin de que ninguna partida les estorbara el paso, y se alejaron llenos de reconocimiento hácia el noble jefe independiente. Poco despues, esos cinco comerciantes, entre los cuales se hallaba un vizcaino apellidado Madariaga, le manifestaron su gra-